

el espejo? Si es cosa justa, yo misma te compondré por mi mano como quieras.

—Me quería poner este lazo en el pelo, á fin de parecerme bien.

—¿Pero quién te ha imbuido semejante cosa? ¿Tú misma?

—Ví, contestó la muchacha, que Anita, que estuvo ayer con nosotros, llevaba el lazo en la cabeza, que todos la miraban, y que nadie ponía en mí sus ojos.

—¿Queriais, pues, llevar el lazo también de aquel modo?

—¿Queriais que todos te mirasen, no es verdad? Queriais que la gente, al mirarte, dijera: “¡Qué bien está Clara! ¡Qué bonita con el lazo! ¡Cuán hermosa!”

La niña se llenó de carmín, prosiguiendo Julia.—¡Oh! ¿Sentías por ventura que la mirasen, y que no hiciesen caso de tí? ¿Hubieras querido mejor que te contemplaran, y no á ella?

Adivinada la niña, y leído su oculto pensamiento, lo confesó todo tomando el color de una cereza.—Añadió Julia mansamente:

—¿De qué te avergüenzas? ¿Te parece vergonzoso querer que te miren y que se olviden de las demás? Pero ¿por qué? Porque conoces que había en esto vanidad,

ambición, orgullo. Vamos, pues, arrepíente-te; la soberbia es la cosa más horrible del mundo y la más vil, porque hace á sus esclavos horribles y viles. ¿Qué diferencia hay entre un ángel y un diablo? En el fondo, en el fondo ésta no más: el diablo es soberbio y el ángel no. Si á fin de ser vista y ensalzada te complacieras y gozáras por la humillación de otras, al llegar á ser soberbia serías horrible y vil. ¿Trae, pues, cuenta perder media hora en el espejo para ser horrible y vil á los ojos de Dios? Oye, Clara mia dulce, hay en esto un mal positivo: avergüenzate, y avergüenzate sobre todo si has llegado á envidiar la hermosura de otras, sus adornos ó las alabanzas que consiguen: sentir disgustos por el bien ajeno es un vicio contra la generosidad, y una sordiz.—

La pobrecita Clara, humillada y compunjada por el terrible análisis del corazón hecho por la profesora, tenía luces en los ojos y ganas de llorar. Julia prosiguió:—Ahora gimes, y está bien; pero ¿supongo que no querrás gemir por haberte enseñado á desarraigar de tí la raíz de un vicio que hubiera podido brotar en tu alma? A lo más puedes gemir por la pena de haber hecho una cosa indigna de tu corazón:—

¿no es verdad?—Clara indicó que sí. Entonces la maestra:—Si es así tus bien verdadas lágrimas me dicen claro que te guardarás siempre, siempre de procurar vencer á las otras con tus monadas ó tus trajes. Linda, sí, y áun elegante, si la mamá lo quiere; pero cazar miradas á fin de atraer los corazones de cuantos te miren, ¡Dios te guarde! Sería vileza, y deshonor, y pecado. ¿Quieres ser bella á los ojos del Señor? Clara, persuadida y con gran convencimiento, dijo paladinamente:—Lo procuraré.—Julia la estrechó en sus brazos, imprimiendo en su frente uno de los rarísimos besos que dispensaba en muy pocas ocasiones, cuando había de sellar una paz, ó recompensar algún acto noble de abnegación.

Era también avisadísima en todo lo que de cerca ó de lejos podía empañar la inocencia de aquellas queridas almas virginales. Libros, estampas, dibujos, fotografías, cuadernos de música, cucuruchos de dulces, todo quedaba sujeto á una inspección rigurosa. Se dió el caso de tener que disputar hasta con la señora; lo hizo, y venció. Tratóse de un vestido nuevo, semejante para las dos pequeñas, que Julia no cre-

yó bastante cerrado: sucedía esto en Florencia. Las niñas se lo probaron delante del espejo, y llenáronse de admirable alegría: decían que las estaba pintado; que aquel rizado con franja de guarnición que adornaba la abertura del pecho les gustaba mucho, y apludíanse recíprocamente, no concluyendo con la sencilla pequeña vanidad propia del tiempo en que la malicia comienza de seguro á ejercer su oficio, sin conciencia cabal. Julia, que en aquel asunto era la superintendente y el todo, estudiaba bien la materia, dió el fallo de que á la abertura le faltaban dos botones. Aseguraba la modista que, según las reglas del arte, no se podían añadir conservando el corte, y que sería preciso rehacer el cuerpo con nueva hechura. Lo peor fué que, presente mistress Needle, si bien callaba con el fin de no contrariar á la joven, hacía entender con su actitud y semblante que pensaba lo mismo que la modista. Julia no se apartó un punto de su opinión:—Si es preciso, añadió, adoptar otra hechura, que se adopte; jamás habrá la señora gastado mejor ni más gustosamente como en esta ocasión, para satisfacer la escrupulosa modestia de sus hijas.—La modista debió irse refunfuñando.

Julia quería también disculparse con mistress Needle por su insistencia, y decir á las muchachas por qué habia obrado de aquel modo. Trascurridos algunos días, y cesado el mal humor de las alumnas, les impuso el deber de escribir una carta, en la cual una niña diese gracias á su maestra por haberla reprendido con amor, á causa de haberse presentado en un paseo público con vestido poco cerrado. Les dió una idea de la composición, haciéndoles sobre los trajes vergonzosos una plática bien discurreda, tan grave y terrible como la podía comprender la edad inocente de las niñas. —Ahora escribid, concluyó diciendo, con fuego, para que conozca cuál de los dos tiene repugnancia mayor á invilecerse. — Clara y Clemencia comprendieron incontinenti á dónde iba á dar el tema y el sermón; dóciles á su maestra, se pusieron á componer de tal modo, que las cartitas salieron perfectamente. Cuando presentólas á mistress Needle, dijo Julia:— Ved, señora, qué piensan vuestras angelitas cuando son enseñadas á razonar rectamente.

Mistress Needle se llenaba de placer al descubrir el tesoro de buen sentido que había sabido infundir en las pequeñas, sin

entrar en conceptos superiores á su edad en experta; gozó mucho rato el aura de las delicadezas virginales que respiraba una y otra epístola. Sin embargo, no pudo menos de dirigirla un dulce reproche:—Me place, dijo, que vayas arraigando en ellas tales sentimientos; pero, dispensadme, me las vuelves acaso escrupulosas en exceso: á la verdad, no veía yo la precisión urgente de aquellos dos botones . . . aun sin ellos, me parecía que quedaban en los límites . . . casi . . .

—Perdonadme, señora, si os contradigo: yo por nada del mundo quisiera ver á las niñas jugar cerca de los límites. Somos mujeres, y el diablo enredador de nuestra ligereza nos arrastra más allá de los límites infaliblemente, si con frecuencia pasamos por el borde. Las desvergozadas que tal vez habeis encontrado con horror en algunas reuniones, comenzaron todas por quedarse casi en los límites; después el terreno resbaladizo las vendió, y han venido á dar en los grandes excesos.

Parecióle buenísima esta razón á la Needle, sobre todo por proceder de miss Julia, en la cual el corazón puro hablaba en sus lábios; con todo, callaba. Julia continuó:—La escena de no admitir el traje nue-

vo, bonito, y deseado por la tacha formal de inmodesto, dióles, idea de la importancia de no comparecer ni algo indecentes en público, como por desgracia veis que lo hacen tantas y tantas aquí; esta carta, en que han debido poner en juego su inteligencia para inquirir las razones de aprobar lo que las hería en lo más vivo, imprimirá en su mente la lección recibida. Si mañana (ya se acerca la estación) viniese á veros una de las señoras de velos falaces, que quieren toda la culpa de la desfachatez, y sólo huyen de los improperios, vuestras hijas, en lugar de decir: "Quisiera también un traje transparente," dirían "¡Qué vergüenza . . . !" A lo menos así me lo figuró, sin que por lo demás pretenda yo aconsejaros.—Mistress Needle, por toda respuesta, dijo:—Te doy gracias: haz lo que te parezca; están en tus manos.

Por tales reminiscencias se complacía la madre y se llenaba de gozo en los coches del camino de hierro, al retornar á su país desde Francia. Sólo que cuanto su corazón se dulcificaba contemplando á las dos niñas, otro tanto sentía terrible angustia si miraba su primogénito, que, hundido en un ángulo, pensaba sólo devorar los libritos comprados en Lourdes. Nunca había

logrado adivinar en las pequeñas la obra insensible con que Julia las llevaba en dirección al catolicismo; á saber, con la luz de sus ejemplos, con su amor, con su servicio, y con las disputas sostenidas contra John. Por lo que hace al primogénito, en mil ocasiones había debido persuadirse de que se estaba evaporando en él toda la sustancia del "anglicanismo," quedando sólo una ligera pátina exterior, como un velo (pensaba ella) de hipocresía. Había leído sus pensamientos íntimos en sus cartas más secretas; le había visto adorar la Hostia, y extender la mano para que ardiese la biblia anglicana.—¿Qué le queda, concluía diciendo, sino pasar públicamente de la iglesia nativa al papismo?—Ahmentaba, con todo, la doliente madre una postrera esperanza; la de poderlo reducir en Parque Verde, con el socorro del ministro de la parroquia, que reputaba una lumbrera del anglicanismo.

—¿Qué es esto? (se ponía entonces á examinar su propio interior.) ¿Qué significa esta casi resignación que experimento al ver que dará un día ú otro día el mal paso? ¿Es frialdad de afecto hacia él? ¡Dios mío! Me parece que no. ¿Es desesperación? Quizá sí. Hace un año tal sospecha me

hubiera hecho perder el juicio . . . ¿y ahora? . . . ahora muestro mi aversión, más por costumbre inveterada, que por ímpetu de odio . . . ¿Qué es esto? . . . ¡Es Julia! Es Julia, que me familiariza con el papismo, gracias á sus encantamientos . . . No; no soy la misma que cuando salí de Inglaterra; no me reconozco á mí propia. Me ha seducido . . . Seducido, no; ¡pobrecita! ¿Ha empleado conmigo algún fraude? ¡Nunca, nunca! Todo su fraude se reduce á querer mucho á mis dos amadas angelitas, á deshacerse por ellas, siempre cuidándolas, como si fueran dos palomitas en un cestito, dándolas de comer ó de beber, y arreglando sus plumas . . . ¡He aquí cómo me arrebató el corazón y cómo me seduce . . . ! ¿Me quiere á mí? ¡Por mí se arrojaría en el fuego! Le cae encima una renta de siete ú ocho mil liras: puede volver á Nápoles, si no rica, dueña de sí; mas no piensa en ello . . . ¡Me ama mucho! no lo puedo negar: con todo su corazón . . . ¡A mí me desarma contra el papismo . . . ! Y luego tiene una elocuencia . . . ! Me haría escribir cosas falsas . . . ¡Me ha hecho rogar á la Virgen, como se logra que concluya su tarea una criatura! Al que me lo hubiera dicho un año atrás, le hubiera

considerado loco . . . Basta, no me arrepiento: despues de lo visto en Lourdes, sería culpable si resistiese á la luz . . . esto no maucha el más puro *anglicanismo* . . . Más, ¡quién sabe á dónde me conducirá Julia con la tiranía de sus maneritas . . . ! Tengo precisión de retemplarme en una atmósfera pura, permanecer con mis *correligionarios*, con mis ministros, con mi servicio divino á su tiempo y lugar, con mi Biblia en horas fijas . . . ¡Ah Parque verde!—

Con estos sábios pensamientos en parte, y en parte irracionales locuras, llegaba mistress Needle á Londres. Estaba decidida á detenerse allí sólo algunas horas; las precisas para esperar el tren de Newcastle. Aun cuando hubiera pensado detenerse más tiempo, la hubiera disuadido una carta de miss Mary. Refería que los intereses religiosos de la parroquia iban de mal en peor; que había luchado todo el invierno contra el partido puseista, según las órdenes recibidas, pero que ya perdía las fuerzas y la constancia, siendo de temer que surgieran novedades y ruinas irreparables.—En suma, concluía diciendo, en su lenguaje bíblico, la casa de Israel pelagra. Betulia está ceñida y sitiada por todas par-

tes: Holofernes hallase á las puertas, y no queda otra esperanza que el auxilio de Judit.—

Mistress Needle comprendió que los males debían ser muy profundos, y al momento envió este parte telegráfico: ‘Parto sin tocar apenas Londres: mañana llego ahí con el primer tren de Newcastle.

LIX.

EL DOMINGO DE LOS PIETISTAS.

Los desastres de la parroquia de Parque verde eran mucho mayores de lo que había participado miss Mary. La mujer, en parte por el miedo de amargar á su señora, y en parte por el ánsia de no descubrir sus máculas, no había referido ni la milésima parte de las comunes desventuñas. La mala afición al *puseísmo* y al *ritualismo*, vigorosamente impugnada en el estío anterior, por haber cambiado mistress Needle á su párroco, de nuevo revivía más turbulenta que nunca. No poca culpa tenía la importunidad de miss Mary. Había tomado á la letra las palabras de su señora; quien, al salir de Italia, le había recomendado que la representase cerca del

reverendo rector. Por ello estaba todos los días sofisticando sobre la dirección que debía dar á la parroquia y sobre lo que debía decir en las prédicas, haciendo siempre sonar alto á la dama en nombre de la que pretendía dictar leyes. El pobre ministro no podía hacer más que humillarse y atar el borrico donde quería su señor. Sabíase después en el país que la vieja solterona, antipática en extremo, lo disponía todo, y llevaba de la nariz á su propio pastor; persuadiéndose cada uno fácilmente de que en el castillo de Parque verde se forjaban todos los rayos que llovían el domingo próximo en las cabezas de los novadores.

El natural efecto de tales voces era que tomasen tirria á la propia mistress Needle, á su procuradora miss Mary, y á su hechura el reverendo párroco Star: como si esto no fuese bastante se enardecían mucho los espíritus ya inclinados á las innovaciones. Por este y otros motivos se desalentaba el cura: no encontraba ya en su grey favor sino en una persona ausente, mistress Needle, y en otra presente, miss Mary, caída en el ridículo universal. Entre tanto veía que los ingresos desvanecíanse cada vez más como el humo, hasta el extremo de